



LA NIÑA
DE LOS MIEDOS

Raquel Villar

LA NIÑA
DE LOS MIEDOS



Primera edición: mayo de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raquel Villar

© Diseño ilustración: Alberto Esteban (@jec21)

ISBN: 979-13-88195-62-4

ISBN digital: 979-13-88195-63-1

Depósito legal: M-12222-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A mi hermano.
El mejor policía del mundo.
Por esos malditos 28 días.*

PRIMERA PARTE

Tengo
tres
disparos
en el pecho.
Aprieto un poco los puntos,
y se me enreda el corazón,
con tantos hilos sueltos.
Hace días que llueve en mis mejillas,
y tu nariz encaja en el hueco que dibuja mi clavícula con una
perfección exquisita.
Me aterra mirarte a los labios y no verte.
Por eso siempre cierro los ojos cuando te acercas,
esperando ese beso que me calle
y me devuelva a los veinte.
Veinte años.
Sin engaños, ni daños.
Existe cierta belleza en la nostalgia que solo conoce el que se
descubre las entrañas
cuando siente.
Tengo
tres
disparos
en mi pecho.
De al abrazarte sentir tus manos aferrándose a mi espalda
como si al separarte el dolor fuera a salir a borbotones por los
agujeros derramándose por la habitación,

como si soltarla supusiera renunciar a la libertad de quererme
sin querer,
pero queriendo.
Qué pocos saben desnudar el nudo
cuando ya vieron el cuerpo.
Tengo
tres
disparos
en mi pecho.
De cada vez que al tenerte
me he encontrado de frente
con el miedo de no poder volver a hacerlo.

JORGE

Logroño, 11 de septiembre de 2023

Lunes, 15:11 horas. Jorge introduce con delicadeza el último plato en el lavavajillas. Jesús, su padre, ya cabecea contra uno de los cojines del comfortable *chaiselongue* color gris perla que se autorregaló por su cumpleaños. Mil quinientos sesenta y nueve euros de sofá de los que no le dolió en absoluto desprenderse. Porque, las cosas como son, el sofá es cómodo de cojones. Su madre, Blanca, o *la Blanqui* para los del pueblo, lee con verdadero ahínco una de esas revistas que siempre te ofrecen en las peluquerías, escurrida en un sillón a juego con el sofá. No tan cómodo, pero más que suficiente para su menuda figura recogida en cuarenta y cinco kilos y escaso metro sesenta de estatura. En eso Jorge ha salido a ella. No es un chico alto. Delgado, pero en forma, acaba de dejar el fútbol y se ha apuntado al gimnasio. Tiene los ojos marrones, grandes pero rasgados, y cuando sonrío unos tímidos hoyuelos recogen en un bonito paréntesis una sonrisa de dientes blancos y alineados. Lleva el pelo muy corto, sobre todo por detrás. Apareta menos edad de la que tiene, más cerca ya de los cuarenta que de los treinta según su documento nacional de identidad. Un simple número, al fin y al cabo. Se detiene unos segundos a contemplar la estampa desde la puerta del salón. Se le cae una sonrisa inesperada, que sus hoyuelos sujetan a tiempo con elegancia. Coge aire, y siente cómo un soplo de ternura le impregna los pulmones.

Y al espirar, solo paz.

Calma absoluta.

Se quedará un rato con ellos, leyendo. Está a menos de cincuenta páginas de terminar *¿Quién ha visto a una sirena?*, y eso para él no es nada. Se acabará esa maravilla que Mar Aísa Poderoso ha cedido generosamente a la literatura de la novela policiaca y se marchará a su casa a continuar con la obra. Maldita la hora en la que decidió reformarla. Toma asiento junto a su padre, en una esquina, al tiempo que con la punta del pie izquierdo hace fuerza sobre el talón derecho para deshacerse de la zapatilla, y a continuación repite la misma operación con el pie contrario. Escucha entonces la voz atiplada de la presentadora de ojos bonitos de las noticias, mientras abre el libro, buscando la página en la que se quedó. Nunca usa marcadores, le gusta recordarlo de memoria. Manías tontas. *La ojos bonitos* habla de un incendio en una casa en Lardero, en el que dos jóvenes han sobrevivido a una auténtica pesadilla. Jorge se detiene en la página trescientos catorce. Alza la cabeza lentamente, al tiempo que los músculos de su cuello se contraen con brusquedad de manera violenta. Observa fijamente las cincuenta y cinco pulgadas de televisor.

—Dos jóvenes.

—¿Qué dices, cielo? —pregunta la *Blanqui*, mirando a su hijo. Se percata al instante de la palidez inusual de su rostro, las pupilas dilatadas, la boca entreabierta como si por ella fuesen a escapar los siete males.

—Dos jóvenes de trece y quince años han saltado por la ventana —dice Jorge, sin apartar la mirada de la pantalla repleta de llamas.

—Hijo, ¿qué pasa? ¿Qué estás diciendo?

La presentadora del noticiario retoma su discurso: «Como les decía, dos jóvenes de trece y quince años han saltado por la ventana. El menor permanece...».

—En coma en el Hospital San Pedro de Logroño. El mayor presenta quemaduras de primer grado y ha sido atendido por el equipo médico de la unidad del ciento doce.

El discurso de *La ojos bonitos* se superpone con el de Jorge palabra por palabra, como si de una canción interpretada a dos voces se tratara, pero generando un ambiente que lejos de armonioso, resulta absolutamente estremecedor.

La *Blanqui* contempla a su hijo con el pánico por rostro, sin entender qué es lo que está sucediendo. Jorge se levanta súbitamente. La parte trasera de su camiseta verde caqui es ahora de un tono mucho más oscuro, y pesa más. Se frota las manos húmedas, hinchadas, con la parte delantera de sus pantalones vaqueros. Camina hacia la puerta de salida apresuradamente, descalzo, y abandona la casa de sus padres sin mirar atrás.

VIRGINIA

Logroño, 11 de septiembre de 2023

«Siempre a tu lado» es el eslogan de la conocida franquicia de perfumes que durante años ha dominado sin competencia ninguna el mercado de Europa Occidental. Virginia lo lleva escrito a la espalda de su uniforme de trabajo, un mono camisero azul marino que no hace para nada justicia con su estilosa y femenina figura, en el interior de un corazón violeta a medio cerrar. No le gusta especialmente su trabajo, pero le paga las facturas y la matrícula de la universidad. Camina con paso no demasiado rápido, pero decidido, por una calle Sagasta inquietantemente desierta. Son las 11:11 p.m. horas de un lunes. Los bares permanecen cerrados entre semana, guardando los secretos de un sábado noche bañado en alcohol, reguetón y música de discoteca que aún respiran agonizantes bajo las alcantarillas. Escupe a ellas con cierta nostalgia un suspiro involuntario al pasar frente a la puerta del casino. Uno de esos secretos es suyo. Tras algunos mechones rubios que se han escapado de una larga y lacia coleta baja y estratégicamente despeinada, se distinguen dos auriculares blancos, uno en cada oreja, con un *Vértigo* de Dani Fernández a un volumen lo suficientemente elevado como para que Virginia no aprecie el sonido de sus botines negros imitación de la marca Doctor Martens contra el asfalto. Ni tampoco los pasos de quien sigilosamente dobla la esquina de la calle Rúa Vieja tras ella.

Virginia tiene diecinueve años. Vive en un pequeño pero coqueto apartamento en la calle Cabo Noval, decorado con un gusto exquisito, junto a las bodegas Franco Españolas. Solo tiene que cruzar el Puente de Hierro, y ya está. Entrará por la puerta de su casa minutos antes de que el repartidor toque el timbre con su pedido de pizza de los lunes locos.

Pero Virginia no llegará a cruzar el puente.

Un golpe seco.

Un grito ahogado en un paño de lino gris.

El sonido del motor de una Volkswagen Caddy Cargo rompiendo el silencio de la calle logroñesa.

LORENA

Logroño, 11 de septiembre de 2023

Cada lunes, martes y viernes, a las siete en punto, Lorena sale corriendo por la segunda puerta de la entrada de su casa. Calienta sus agarrotadas articulaciones antes en la zona común, unos cinco minutos, y a continuación inicia el trote, repitiendo siempre el mismo recorrido. Lorena tiene unas piernas fuertes, musculadas, no demasiado femeninas, y muy morenas. Toda ella es muy morena, sobre todo en verano. Es una mujer grande y con una personalidad aplastante, incluso los rasgos de su rostro resultan duros, sutilmente agresivos, salvo su dulce mirada color miel. Son las 7:11 de un lunes, está amaneciendo. Llega a la esquina de la calle Río Guadiana con Río Júcar y gira a la izquierda mecánicamente para rodear el terreno de matojos cercado que lleva meses sin ser edificado. Se siente cómoda, acelera el ritmo. Su larga melena morena, recogida en una coleta alta, lisa, se contonea con soltura. Lorena siempre fue escandalosamente despistada. No ve el cartel rectangular en el que una mano negra sobre un fondo blanco rodeada por un círculo rojo acompaña a un claro y conciso letrero, también de letras rojas, que reza «prohibido el paso por obras». Gira hacia la derecha, rodeando el terreno cercado, sin detenerse. Llega a la esquina y vuelve a girar, al tiempo que escucha a Siri avisarle a través de sus auriculares de que ha recorrido tres kilómetros. Escasos quince metros después, se detiene en seco. Una imagen con efecto retar-

dato se reproduce en su cerebro con mayor nitidez que segundos antes, en directo. Retrocede sobre sus pasos. Escucha los latidos acelerados de su corazón, en parte fruto del ritmo de la carrera, en parte provocados por una incómoda sensación de nerviosismo. Un sudor frío le recorre la columna vertebral. Casi puede sentir la denterosa humedad entre las vértebras. Una furgoneta aparcada en la zona de obras. Junto al vehículo, una pequeña silla plegable de las que hace no mucho vio de oferta en Leroy Merlin. Deslavazado en la silla, un hombre con el cuello tornado en dirección al suelo, no es capaz de sostener el peso de su cabeza. Una gorra le cubre el rostro. Las piernas estiradas hacia delante finalizan en unas zapatillas deportivas blancas y amarillas fosforitas desabrochadas. Los brazos desmadejados en una posición algo antinatural. Viste un mono azul marino, del mismo azul marino que la gorra. Lorena se detiene. Le separan apenas tres metros de la escena. El torso permanece inmóvil. Ni el más mínimo atisbo de esfuerzo por provocar la entrada de aire a los pulmones. Lorena camina hacia él dos pasos más. Cierra instintivamente las manos, apretando los puños hasta clavarse las uñas en las palmas.

—¿Hola? —susurra con voz temblorosa. No recibe respuesta.

Da un paso más. La amenaza de sus nudillos de atravesar la piel que los recubre parece cada vez más real. Dirige la mirada hacia cierta señal de movimiento en el hombro derecho del cuerpo que tiene frente a ella, y se detiene en seco. Es una gota ocre, proveniente de su oreja, resbalando sobre el pecho hasta morir absorbida por la tela. Un ligero hilo de sangre comienza a brotar del interior de ese mismo oído. Lorena no controla la intensidad de un vehemente grito que le desgarras las cuerdas vocales, justo antes de comenzar a correr desbocadamente en dirección contraria.

Sin mirar atrás.

Y probablemente eso, sea lo que le salvará la vida.